



La plana
JULIO CÉSAR LONDOÑO

El nivel cero del ruido

Las personas se dividen entre las que aman el silencio y las que lo temen. Para los primeros, los silentes, el ruido es un infierno. A los segundos el silencio los angustia. Nota: ruido es un silencio indeseado. Ejemplo: un mecánico no puede calibrar un motor porque su vecino tiene a Bach a todo volumen. Para él, Bach es un ruido y el motor un sonido.

Gracias a los silentes sabemos cuáles son los lugares más silenciosos del planeta. El primer lugar lo ocupa la Caldera de Taburiente, una depresión en Canarias, en la Isla de Palma, donde los sonidos jamás pasan de doce decibeles (un pelín más alto que la respiración tranquila). El segundo está en la zona más árida del mundo, el corazón del desierto de Atacama en Chile, idéntico a la superficie de Marte, dicen. Cuando no hay vientos, se puede disfrutar allí de un silencio extraterrestre. El tercer lugar es Monteverde en Costa Rica, un parque natural aislado del mundo por círculos concéntricos de árboles de 40 metros de altura y troncos de ocho metros de diámetro y varias toneladas de peso, tapizados con cortinas de helechos prehistóricos que absorben casi por completo cualquier vibración del aire.

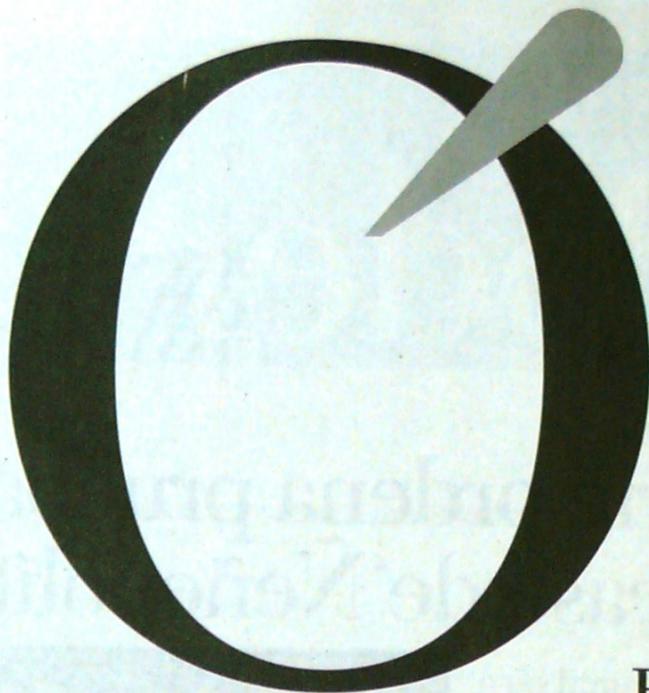
Si usted busca algo más tranquilo, lo puede encontrar en los laboratorios Orfield en Minnesota, donde crearon un engendro que no se le ocurrió ni a Ray Bradbury, la «cámara anecoica». Es un sistema cerrado de absorción de sonido, hecho de acero y fibra de vidrio y revestido interiormente con una superficie de conos resortados. El resorte amortigua el impacto de la onda sonora. Los conos proporcionan una superficie irregular, como los panales de huevos de los estudios de grabación pobres. Una buena cámara anecoica puede absorber hasta un 99% de los ruidos de un recinto. Es la mejor aproximación lograda hasta ahora al grado cero del sonido. Un lugar endemoniado donde no existe la reverberación. La cámara antisonido. Los que la han utilizado dicen que es angustiosa, tan asfixiante como estar en medio de una oscuridad absoluta.

En las antipodas de los 'silentes' están los ruidosos. Siempre deben tener algo sonando cerca. Un radio, un televisor, algo. Pertenecen al grupo esos decoradores que padecen «horror al vacío». No pueden ver un espacio libre porque de inmediato ponen allí una mata, un cuadro, una cenefa, una viñeta. Algo.

Lo cierto es que sin silencios precisos todo es caos. Sin pausas, todo es barullo. La música es inseparable del ritmo, una sucesión de sonidos separados con intervalos cortos de silencios simétricos. El cine es una alternación de fotogramas y pantallas en blanco, invisibles por el fenómeno de la persistencia de las imágenes en la retina. Entre plato y plato, el *gourmand* lava sus papilas con pan, vino o cítricos frapeados. El perfumista lava sus mucosas aspirando café finamente molido. El fotógrafo «encuadra», es decir, privilegia un fragmento del mundo y silencia el resto.

Escribir es tachar. Y pausar. El doble espacio, las comas y los puntos son pausas, silencios. La literatura es un mensaje encriptado cuyo sentido oscila entre lo que el autor dice y lo que el lector adivina. Hemingway la imaginó como un iceberg: el texto, la parte visible, está sostenido sobre una masa invisible de sucesos implícitos que el lector adivina.

Los pitagóricos amaban el silencio, túnel que llevaba a la trascendencia metafísica. Antes de ser admitido en la secta, el aspirante debía pasar largas pruebas de silencio para alcanzar el magisterio de la palabra exacta (sin «ruidos», decimos hoy).



Castillo de proa
MEDARDO ARIAS SATIZÁBAL

El último hombre

Si nos atenemos a la idea que la raza humana sobrevivirá, en un año tendremos ya novelas, cuentos, películas acerca de esta pandemia que traza hoy un guion natural a los creadores.

Sin embargo, la ficción acerca de pestes devastadoras, ha estado siempre en la imaginación de los artistas. Hoy se habla mucho de La Peste, de Albert Camus, la historia que transcurre en Orán, Argelia, y que describe un mundo parecido al de hoy.

De todo lo que se ha escrito, no obstante, lo más revelador -conmovedor también- tiene que ver con la historia escrita por Mary Shelley, 'El último hombre', en 1826, en la cual predice que el fin de la humanidad llegará en el Siglo XXI, por culpa de "una enfermedad mortal y desconocida". Esa revelación, aseguró ella, la tuvo durante un viaje a Italia, donde, en una cueva cerca de Nápoles, la arúspice Sibila de Cumas le reveló dicho acontecimiento basada en su conocimiento de la mitología griega.

El viaje de la Shelley ocurrió en 1818 y su novela fue juzgada en su tiempo como 'repugnante', por escenas donde se describe una explícita crueldad. Ella sostuvo siempre que dentro de la cueva encontró esas escrituras proféticas en distintas lenguas, y todas apuntaban hacia el Siglo XXI, lo que le dio base para escribir 'El último hombre'. Los tres volúmenes de la obra desaparecieron por mucho tiempo, hasta que fueron reeditados en 1965.

Pero en este mundo literario de 'acertadas predicciones', compiten también 'Némesis' de Philip Roth, el 'Diario del año de la peste', de Daniel Defoe, 'La danza de la muerte', de Stephen King y hasta 'Ensayo sobre la ceguera', de José Saramago.

Se habla poco hoy de 'La peste escarlata' de Jack London y muchos parecen haber olvidado las revelaciones de Giovanni Bocaccio en 'Decamerón' donde la protagonista es también la Peste Bubónica, también conocida como Peste Negra, la misma que devastó un tercio de la población de Europa en el Siglo XIV.

Por estos días se viralizan en las redes fragmentos de García Márquez donde describe, por ejemplo, La Peste del Insomnio que asoló Macondo, o apartes iluminados de 'El amor en los tiempos del cólera', con aquel barco que no podía arrimar a ningún puerto porque llevaba izada en su popa la bandera amarilla de la peste. Los grandes cruceros varados en el mar, sin brújula y sin puerto, nos dan hoy una dimensión real, lejos de la fantasía, de lo que puede pasar con embarcaciones en cuyos camarotes se solaza la muerte.

Pero, con esta retrospectiva literaria, otro autor poco frecuentado por las redes incultas, es Thomas Mann, el autor alemán de 'La montaña mágica' y 'Los Buddenbrook', quien describió en su fantástica novela 'Muerte en Venecia', una historia de amor entre una ciudad desolada por el miedo.

La peste recorre las calles de Venecia como un monje de carnaval, con pico de cuervo. Nadie ve su cara pero asesta guadañazos bajo los canales, en los muelles, en los pasillos desolados de un hotel donde Aschenbach y el joven Tadzio ven pasar góndolas funerales.

Como complemento magistral de esta novela clásica, Luchino Visconti se inspiró en la misma para hacer una película en la que -rara avis- el cine se parece a la literatura.

El tema apocalíptico es muy visitado por Hollywood. Esos mundos devastados donde no quedan pizzerías, donde no se ve el mar y las calles son recorridas por parejas cenicientas que se aferran al recuerdo de un planeta que ya no es, abunda en el registro de los últimos 30 años.

En lo que respecta a mi novela 'El chachachá del diluvio', trama en la que se reedita el aguacero de cuarenta días y cuarenta noches en los tiempos modernos, recibí ya propuesta para ser llevada al cine. Nunca el celuloide puede captar la hondura del texto literario, pero veré qué puede pasar. La compañía Delirio la llevó a una ópera salsa que acaba de culminar con éxito después de dos temporadas.

Editorial

El desafío económico

La otra cara de la pandemia que recorre y asusta al mundo son los efectos que está produciendo en la economía. La pregunta es qué puede hacerse para detener la crisis y evitar una recesión que tendrá consecuencias catastróficas.

La súbita aparición del Covid-19 en China ocasionó la casi inmediata parálisis de la que se denomina Fábrica del Mundo, hoy considerada la segunda economía del planeta. Sus efectos en los mercados de capital y de valores así como el desplome en la demanda de petróleo y la consecuente caída de su cotización, desencadenaron una oleada de reacciones nerviosas nunca vistas en los últimos cincuenta años, cuando se hizo realidad la globalización.

El resultado es que el contagio de la parálisis en la economía ha superado la expansión del virus. Hoy, los mercados están padeciendo la incertidumbre que destruye valor pues los inversionistas venden sus bienes y buscan refugios, mientras los gobiernos de los países que jalonan el consumo, en especial Estados Unidos y los integrantes de la Unión Europea hacen ingentes e infructuosos esfuerzos por detener el desplome, por darle algo de tranquilidad a los mercados y por estabilizar sus economías.

Lo cierto es que mientras toman las medidas drásticas que deben ordenar para detener la pandemia que se extiende entre sus ciudadanos, será muy difícil conseguir los resultados que buscan con sus disposiciones. Y éstas serán, si acaso, paliativos a una crisis que se produce por la parálisis que ocasionan el confinamiento, el cierre de cualquier actividad social y pública o la clausura de las fronteras, así como el cierre de la actividad turística que a su vez arrastra la industria del transporte además de la hotelería y toda actividad económica y venta de servicios que se mueven alrededor del turismo.

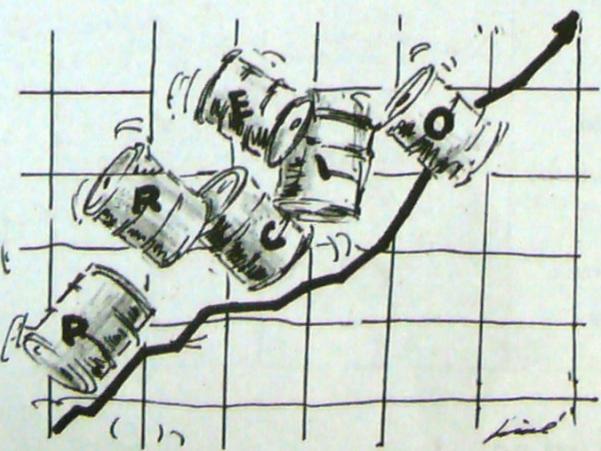
Para Colombia, las consecuencias son cada vez más difíciles. El Gobierno Nacional ya declaró la emergencia nacional, lo que le permitirá disponer de recursos económicos y de herramientas legales para atender la crisis que golpea ya a muchos sectores, y para enfrentar la emergencia en materia sanitaria. Pero es inocultable que la caída de los precios del petróleo a niveles menores de los 30 dólares por barril, y la parálisis que debe aplicar para enfrentar el desafío causará graves consecuencias.

No obstante, es el momento para pedir la mayor calma posible, a efectos de evitar que la situación llegue a ser incontrolable. Si bien estamos en la etapa de expansión del contagio, lo cual ocasiona el nerviosismo reinante, es de esperar que la emergencia en materia de salud pueda ser superada. Entonces se podrá empezar a recuperar la confianza en la economía y a reconstruir el dinamismo que se requiere para recomponer, eso sí en un plazo largo, la economía mundial.

De la calma y de la voluntad de los dirigentes tanto mundiales como nacionales dependerá la recuperación que debe producirse para evitar una crisis de consecuencias peores en términos sociales y políticos. Sin embargo, por lo ocurrido hasta ahora queda claro que nada será igual que antes del coronavirus.

Luisé

Cuesta abajo



Texto disponible en audio. Descargue el APP AudioLector, escanee el código QR y escuche la nota

ElPaís

El Diario de nuestra gente

Fundado el 23 de abril de 1950. El País es miembro de la Sociedad Interamericana de Prensa y AMI.

Álvaro Lloreda Caicedo
Fundador

Maria Elvira Domínguez LL
Directora y Gerente General

Diego Martínez LL
Director de Información

Luis Guillermo Restrepo S.
Director de Opinión

Paola Andrea Gómez P.
Jefa de Redacción

Ossiel Villada T.
Jefe de Redacción web

El País S.A.
Hermann Doering
Gerente Comercial

Gustavo A. Delgado
Gerente de Operaciones

Commutador general:
898 7000
Redacción diurna:
685 7000
Redacción nocturna:
889 8109 y 685 7044
Carrera 2 No. 24-46
Cali, Valle, Colombia
email: diario@elpais.com.co

LOS ESCRITOS DE LOS COLABORADORES SÓLO COMPROMETEN A QUIENES LOS FIRMAN.